

Trujillo 22-11-01

TÓPICOS

Por Camilo Perdomo

Profesor Investigador –Activo ULA-NURR / camise@cantv.net

¿EL ÚNICO CAMINO ES LA VIOLENCIA?

El sólo título del tópico está pensado para producir una reacción en el lector. Hoy, cuando ya no tenemos a Cioran o a Foucault para auscultar el poder, cuando cualquiera dice cualquier cosa con la intención de hacerse el loco ante el desastre, es necesario marcar diferencias. En efecto, tanto usted como yo, tenemos el raro privilegio de que estamos en el siglo XXI, en un milenio nuevo donde se mantienen ciertas constantes sociales: no se observa que la sociedad cambie de verdad. Vimos el pasado 11 de Septiembre, por TV, la caída de unos símbolos y luego también la desagradable respuesta tecnológica de enviar bombas junto a alimentos en un sitio donde se dijo estaban los responsables de tal hecho. Luego de la posguerra se pensó que el problema de la paz era más importante que la guerra, se dijo que el pacifismo, la democracia representativa, el foro de la ONU y el derecho internacional eran los nuevos valores para que el hombre practicara el bien común. Se habló de soberanía y respeto mutuo entre pueblos como derechos inalienables. Se diseñaron planes de ayuda colectiva, sistemas escolares e ideas educativas con el fin de tener un mejor sujeto. Pues bien, el asunto ha sido a la inversa. La soberanía puede estar en las constituciones, pero el sector dominante de la tecnología fija las reglas y define en la práctica si tal soberanía existe. Sólo los satélites rastreadores de enemigos prefabricados por tales sectores son ya una referencia definitoria de la soberanía. Mientras más poder tecnológico se tiene, mayores responsabilidades sociales se evaden. La coerción, el control social, el dominio del trabajo y las limitaciones para que el conocimiento se democratice en la tierra son variables que impiden al pacifismo ser algo más real que una invitación a manifestar frente a tal o cual propuesta. La pregunta de este tópico no es sino una interpretación de una interesante descripción del nuevo libro de Günther Anders que circula por la web. Allí se muestra el cambio de un pacifista militante quien a su avanzada edad se resiste a ser asimilado por la brutal realidad de la tecnología fabricante de poder dominante. Hablar de paz hoy es cuesta arriba si en ello no se afecta el poder real. Una paz de sepulcros se reconstruye hoy en un mundo donde al mismo tiempo en que circulan las informaciones se muestra la paradoja de un mundo miserable y cruel. Una paz que al igual que los dioses no ha podido vencer al mal. Una paz perversa porque intenta ocultar lo mejor de la bestia humana: su carácter violento. Pareciera que al lanzar un discurso pacifista domesticador de la agresividad humana se legitimó un poder dominante que no acepta ser regulado desde ningún sector social. Ciertamente que no se trata de cualquier lectura idiota del poder, no se trata de regular militares o cualquier miembro del aparato represivo, o político. Se trata de los dispositivos reales del poder: de sus símbolos, de sus sujetos, de su economía, de su tecnología. Más allá del uso del computador, de sus terminales tecnológicos y de sus propuestas desarrollistas está un aparato de pensamiento construido para hacer terrible la vida en la tierra. Entre las religiones y las organizaciones políticas de hoy (todas, absolutamente todas ellas) circula un planteamiento pacifista que le sirve de brújula reguladora al poder. El hecho mismo de haber logrado que la ciencia y la tecnología se acepten como neutras y desideologizadas en la sociedad nos dice hoy lo inútil de un planteamiento pacifista regulador. Todas las batallas antinucleares están hoy

agujereadas y no basta con echarse al suelo y cantar victoria porque tal o cual producto sale del mercado. En el trabajo de Günther la violencia (como única salida) tiene hoy el mérito de venir del cerebro de quien ha visto y vivido el horror de la tecno-ciencia hecha poder. El poder, visto como el ejercicio de tal o cual oficina burocrática no es el poder del que hablo aquí. Es algo mucho más complicado. Es preguntarse: ¿Por qué las sociedades siguen permitiendo que el hombre siga ejerciendo el dominio? La experiencia nazi, la estalinista-leninista, la china, la albanesa, la cubana, la búlgara y la alemana llamada eufemísticamente democrática, son los signos de ese poder que sólo se modifica con violencia. Ahora bien, ¿Qué es ser hoy violento? Obvio que es algo mucho más serio que una huelga contra la globalización. Dejamos de lado nuestra cotidianidad porque quemar cauchos para que le paguen la quincena a la gente o para lograr que funcione el transporte colectivo nos caricaturiza el trabajo de Günther. Diseñar caminos violentos para cambiar las reglas no escritas del poder ha sido hasta ahora la piedra de tranca entre los que asumen como paradigma la lucha armada o la piedra frente al intelectual pensante. Günther no fue guerrillero, pero lavó platos como trabajador inmigrante en USA, no militó en el ejército rojo japonés, pero combatió el uso militar de la energía nuclear. Por lo demás, el monopolio de la violencia no es constitutivo de un grupo o individualidad. Hoy es un asunto de sobre-vivencia del planeta. El debate está abierto. ¿Qué dice usted?